

Gayubas, Augusto

*Juan José Castillos, Cómo surgieron los faraones. Los orígenes de la estratificación social en el antiguo Egipto, 2009
(Reseña bibliográfica)*

Antiguo Oriente: Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente Vol. 8, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Gayubas, Augusto. "Juan José Castillos, Cómo surgieron los faraones. Los orígenes de la estratificación social en el antiguo Egipto, 2009" [en línea], *Antiguo Oriente: Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente* 8 (2010).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/resena-castillos-faraones-gayubas.pdf> [Fecha de consulta:.....]0

JUAN JOSÉ CASTILLOS, *Cómo surgieron los faraones. Los orígenes de la estratificación social en el antiguo Egipto*, Montevideo, Ediciones Maat, 2009, 116 pp., 19 ilustraciones. ISBN 978-9974-96-645-1. €17.00

Juan José Castillos trascendió en el ámbito de la egiptología a partir de su riguroso estudio cuantitativo de los cementerios egipcios de los períodos Predinástico y Dinástico Temprano. Luego de tal labor, se dedicó en los últimos años a buscar los fundamentos de la emergencia de la estratificación social en el valle del Nilo predinástico, en relación con las primeras formas de liderazgo no estatal que parecen evidenciarse a partir de, al menos, el período Nagada I (3900-3600 a.C.) en el Alto Egipto. Éste es, en efecto, el problema que aborda en su reciente libro *Cómo surgieron los faraones. Los orígenes de la estratificación social en el antiguo Egipto*.

Como explicita en la “Introducción” y desarrolla a lo largo de diez capítulos, el objetivo del libro es desentrañar el proceso de emergencia de las “jefaturas hereditarias” intuidas a partir del registro arqueológico. Para ello, apunta no sólo a la necesidad de recurrir a la teoría arqueológica, sino también (y aquí se enfrenta con los autores más bien insertos en una metodología particularista) al método comparativo que, poniendo en relación distintas situaciones históricas desde una perspectiva antropológica, puede brindar “marcos interpretativos que pueden muy bien ser aplicables a Egipto” (p. 11). Este marco analítico, en efecto, le permite al autor sostener la necesidad de desvestirse de las ideas aún cristalizadas en muchos ámbitos académicos de que todo proceso de diferenciación social nace como un producto directo de los condicionamientos del medio ambiente y del crecimiento demográfico. Sin descuidar dichas condiciones, la búsqueda de factores, como bien señalara en su momento Robert Paynter y retoma actualmente Castillos, requiere de un estudio más pormenorizado, como demuestran los estudios arqueológicos y antropológicos de diversas situaciones sociales citados entre otros por el propio Paynter.

Con esto en mente, Castillos se dedica a analizar brevemente la evidencia de los cementerios (principal y en ocasiones única fuente de evidencia) del Egipto predinástico, y encuentra una diferencia radical entre los cementerios del período badariense (cuyos escasos rasgos de diferenciación social el autor interpreta como correspondientes a una sociedad con grupos económicamente distintos, pero que no presenta evidencia de liderazgos heredados y ejercidos sobre cierto espacio territorial fijo) y los sitios del período Nagada I (caracterizados por contar con cerámica decorada —la clase C de Flinders Petrie— producción e intercambio de bienes de prestigio y materiales preciosos —incluyendo intercambio de larga distancia— tumbas de mayores dimensiones y con más rico ajuar funerario, la representación más temprana de una “corona roja” sobre un vaso de cerámica, y el primer tipo de cabeza de maza). De acuerdo con Castillos, la sociedad del período Nagada I cuenta con una “organización social diferente” que supone el “pasaje de un nivel poco marcado de complejidad a otro de naturaleza radicalmente diferente y que inicia el proceso de estratificación social” que conducirá a la emergencia del Estado (p. 29).

El “creciente poder” ya hereditario (esta última afirmación se basa en la existencia de tumbas de subadultos con rico ajuar funerario en el período), se manifestaría también, de acuerdo con el autor, en la ortodoxia en la orientación de los cuerpos en los cementerios (visible a partir de Nagada I), que el autor entiende como la evidencia de la existencia de una fuente de poder capaz de imponer una norma de conducta, aunque no presenta la discusión sobre la posibilidad de una unificación cultural centrada en una cosmovisión compartida (situación más verosímil en un contexto en el cual no podemos hablar de la existencia de un Estado con capacidad de intervención en las costumbres de la sociedad; piénsese además que en el período badariense, como bien reconoce Castillos, existe una orientación mayoritaria con un margen de flexibilidad de sólo el 15% de los cuerpos).

Presentada la evidencia y la interpretación de las sociedades de Nagada I, el autor se introduce en el aspecto más problemático del asunto: explicar el cómo y el por qué de la emergencia de la desigualdad social en el valle del Nilo predinástico. Para ello, Castillos se preocupa por presentar al lector de un modo sintético, parte de la discusión vigente tanto en el ámbito de la teoría antropológica y arqueológica, como en el ámbito de la egiptología.

En esta senda, a la hora de abordar la problemática del surgimiento de la estratificación social en el valle del Nilo, lo hace adhiriendo a la teoría del “*aggrandizer*”, popularizada en las últimas dos décadas por el arqueólogo Brian Hayden. De acuerdo con esta teoría retomada casi al pie de la letra por Castillos, en toda sociedad existen individuos que, motivados por ambiciones puramente personales (“sed de poder y de riqueza material e influencia sobre sus semejantes”, p.53), utilizan la naturaleza, la tecnología y el trabajo humano “para beneficio propio”; en condiciones determinadas (aumento no excesivo de la densidad demográfica, relajamiento en la resistencia de la comunidad a la acumulación de recursos por parte de algunos de sus miembros, abundancia de recursos en un entorno favorable en el cual conviven varios grupos sociales más y menos prósperos), el éxito de estos *aggrandizers* (aumento de la productividad del grupo familiar inmediato, acumulación de recursos y el uso de estos recursos para sobornar, manipular e intimidar, constituyendo así una “base de poder”) supone la emergencia de jefaturas hereditarias y de la estratificación social que abrirá el camino, además, a la emergencia del Estado.

De este modo, Castillos sostiene como hipótesis central de su trabajo, que la abundancia de recursos y territorio de Egipto “debilita” los mecanismos sociales que evitan la acumulación de excedentes en el seno de las comunidades altoegipcias, y por ende favorece el encumbramiento de aquellos *aggrandizers* que, en función de su ambición y consecuente riqueza, devendrán jefes que, mediante mecanismos de manipulación y de coerción, ejercerán una posición de liderazgo en el seno de las respectivas comunidades que habitarán el valle del Nilo antes de la emergencia de los primeros Estados altoegipcios.

Como de hecho Castillos no lo ignora, la teoría del *aggrandizer* ha recibido impor-

tantes críticas desde los campos de la antropología, la arqueología y la historia, tanto por considerarla “anacrónica” en su trato de la subjetividad en las sociedades no occidentales en los términos del individualismo típicamente capitalista, como por malinterpretar el funcionamiento de los mecanismos sociales que operan en el seno de las comunidades sin Estado para impedir tanto la emergencia de órganos de poder político independiente como la acumulación individual e interesada de recursos. Si bien Castillos busca responder a algunas de estas críticas en los capítulos finales del libro, se echa en falta un trato más pormenorizado de la discusión en torno a la cosmovisión de las sociedades estudiadas, considerando que uno de los argumentos más notables en contra de la teoría del *aggrandizer* hace hincapié en la imposibilidad de pensar en un jefe que se abstraiga de dicha cosmovisión social y de los lazos del parentesco que articulan a la sociedad.

Por otro lado, en la aplicación específica que hace Castillos de dicha teoría para explicar el surgimiento de la estratificación social en el valle del Nilo, en la suposición de que es la abundancia de recursos del valle la causante del “debilitamiento” de los mecanismos que restringen la acumulación y habilitan el encumbramiento de los *aggrandizers*, no se entiende cómo la estratificación social aparece en el período Nagada I y no anteriormente, salvo que se ponga el énfasis en el factor demográfico, y aun así, la abundancia de territorio jugaría en contra de dicha posición. Este ejemplo deja en claro que los mecanismos que conjuran la acumulación personal y la división social, lejos de tener un carácter circunstancial o de depender de las condiciones del entorno, forman parte de la propia lógica interna de la comunidad no estatal, lógica social que difícilmente pueda ser explicada según los parámetros de la sociedad occidental contemporánea (llamativamente, esto último lo intuye el autor al referirse al “defecto desgraciadamente tan común entre los historiadores de trasladar al pasado más o menos remoto situaciones y prejuicios del presente” (p.38), aunque claramente el autor no considera a la teoría del *aggrandizer* como uno de dichos “prejuicios”).

Por lo dicho, consideramos que el libro corre con la ventaja de articular el análisis de la evidencia arqueológica con el recurso al método comparativo y al manejo de analogías etnográficas para construir una interpretación de las sociedades del valle del Nilo predinástico. No obstante, creemos que la teoría del *aggrandizer* no logra explicar la emergencia de la estratificación social, pues su basamento consiste en pensar las sociedades no estatales del pasado en los términos de la racionalidad económica moderna. Quizás un estudio más cercano a las interpretaciones antropológicas sobre el “modo de producción doméstico” enriquecería el abordaje del problema y conduciría a comprender la ruptura que significa, respecto de las sociedades no estatales del período Predinástico, la emergencia del Estado y de los primeros faraones.

AUGUSTO GAYUBAS
Universidad de Buenos Aires